



“... Después de cincuenta años, La Unión vuelve a poner en pie la memoria de un muchacho llamado Andrés. Válido resultará que, transcurridos los actos que conmemoran estas bodas de oro con la muerte, el recuerdo de Cegarra Salcedo permanezca vivo.”

UN MUCHACHO LLAMADO ANDRÉS

En una de las calles de La Unión, Eldorado murciano ayer, que pudo ser y no fue «una de las grandes ciudades del modernismo español», en válida expresión de Carlos Areán, el mármol de una lápida recuerda: «Aquí vivió y murió el escritor Andrés Cegarra Salcedo. 1894-1928.»

De la mano de Carmen Conde, conócase a aquel admirable fabulador, reducido a una total inmovilidad desde los veintiún años, derribada columna, «más voz que carne», tal los ruiseñores de Lope: «Con cierto deseo de historiarnos, querida memoria de Andrés, porque creo que quedaremos vinculados profundamente a la literatura de nuestra provincia, voy a recordarte cómo nos conocimos y nos encontramos tantas veces en tu casa.» Nos contará a continuación Carmen Conde cómo domingos por la tarde cruzaba la sierra minera en un pequeño y destartado tren, de secuencia de John Ford, que ataba Cartagena a La Unión, y cómo en Bailén, número 10, se establecía una fraterna y decisiva comunicación entre la poetisa adolescente y el joven escritor ya aureolado de prestigios. «Cartas, poemas, ¡cuántas cosas hice por ti y para ti!» Aquellas visitas dominicales de Carmen a La Unión nunca pudieron ser correspondidas por Andrés, ya para siempre anclado a su sillón de ruedas. No haría Andrés de éste, sin embargo, patético instrumento de autoconsternación, sino, antes bien, viva a la para el vuelo, embarcación para lúcidas singladuras del espíritu. «La función catártica de la literatura era ejercida esta vez no sobre el lector, sino sobre aquel autor que dictaba sus escritos, porque no podía escribir con sus propias manos, pero que tuvo la valentía de fun-

dar una editorial y llevarla adelante.» (Discurso de ingreso de Francisco Javier Díez de Revenga en la Academia Alfonso X el Sabio).

Toda la existencia de Andrés Cegarra Salcedo, una alta, clamorosa lección de alegres aceptaciones. Sólo en una ocasión, el súbito lanzado doloroso, inevitable: «¡Qué inútil, qué ridículo este pobre empeño de trasmutar en literatura mi dolor!» Pero en seguida, la recobrada paz del espíritu, las limpias y sosegadas voces del hombre que, convocado por Dios, puede solicitar con Unamuno: «Métete, Padre Eterno, en tu pecho, misterioso hogar.» En aquel inédito domicilio, nuevo Bailén, diez de la muerte, Andrés, abandonando para siempre su sillón de parálítico, encontró, mañanica de enero, su intransferible plenitud.

Ahora, cincuenta años después, La Unión exalta con varios actos importantes la memoria de su escritor. Ciertamente, sus amigos y admiradores no le olvidaron nunca, y así lo atestiguan, a lo largo del tiempo, al bautizar con su nombre una calle, un aula de cultura e incluso un concurso anual de letras jondas, incluido el Festival Nacional del Cante de las Minas, en el que han obtenido premio importantes figuras de nuestra nómina poética, entre ellos José María Pemán, por citar un botón de muestra. En su itinerario por tierras de España, Tico Medina encuentra en la plaza del Rey, de Cartagena, «un manojo de surtidores en homenaje al escritor regional Andrés Cegarra Salcedo».

Decíamos. Después de cincuenta años, La Unión vuelve a poner en pie la memoria de un muchacho llamado Andrés. Válido resultará que, transcurridos los

actos que conmemoran estas bodas de oro con la muerte, el recuerdo de Cegarra Salcedo permanezca vivo en un bello libro de poemas que la hermana del escritor, María, nos ofrece en estos días y que, de algún modo, viene a constituir el más hermoso monumento a su memoria. «Por oírte, canto; por saber de ti, he inventado este falso renacer», es la entrañable consigna capital sobre la que todo el libro —«Desvarío y fórmulas»— descansa. En su «Yo, Miguel», el oriolano Francisco Martínez Marín incluye una carta de Miguel Hernández a Carmen Conde y Antonio Oliver: «Quiero escribir pronto a María; sé que le haría un bien grandísimo salir de su ambiente mineral y familiar.» María no saldría nunca, sin embargo, de La Unión. «Sobre el sueño de resurrección del hermano muerto, María Cegarra, acariciando entrañas sacras de plata, canta hoy todavía un canto de misterio y porvenir», escribe Ernesto Giménez Caballero. En su laboratorio de La Unión, María fue visitada varias veces por Miguel Hernández. Luego, desde Madrid, Miguel escribiría a María: «He hablado de ti a Neruda, a Vicente Aleixandre; quiero que te conozcan mis amigos.» ¡Poder de la palabra del poeta cuando el poeta lo es de veras! Nada ni nadie podrá impedir, al leer hoy, pasados los años, el libro de María Cegarra Salcedo, que un viento alucinado y a la vez clarificador nos alcance y estremezca, como si realmente Andrés estuviese vivo aún, dictando sus hermosas palabras desde su sillón de ruedas; como si Miguel pudiese todavía, bajo el cielo colmenero de su Orihuela del alma, seguir «cultivando el romero y la pobreza».

Asensio SAEZ